

CONSTANCE
O LAS PRÁCTICAS SOLITARIAS

LAWRENCE DURRELL

CONSTANCE
O LAS PRÁCTICAS
SOLITARIAS

EL QUINTETO DE AVIÑÓN III

Traducción de Jordi Fibla



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Constance or Solitary Practices*.

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Pepe Far

Primera edición en Edhasa Literaria: enero de 2013

© Lawrence Durrell, 1982

«The Avignon Quintet» © The Estate of Lawrence Durrell, 1992

© de la traducción: Jordi Fibla

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-1034-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 33.329-2012

Impreso en España

Para Anaïs, Henry, Joey

Pour Faire Face au Prince des Ténèbres qui a un royaume formé de cinq éléments le Père de la Grandeur évoque la Mère de la Vie qui, a son tour, évoque l'Homme Primordial qui a cinq fils: l'Air, le Vent, la Lumière, l'Eau et le Feu.

Cahiers d'Études Cathares, Narbona.

CAPÍTULO 1

EN AVIÑÓN

Al principio, las dos altas torres de entrada al Aviñón medieval, el Gog y el Magog de su vida cívica, recibieron los nombres de *Quiquenparle* y *Quiquengrogne*. Día y noche las cruzaban los ciudadanos de esta Roma menor, como los recuerdos, los interrogantes o las sensaciones podrían pasar por el cerebro de un papa durmiente. Los badajos de los grandes campanarios desafiaban el demonio abominable con su estruendoso repicar. Las estremecedoras vibraciones se desplegaban por debajo de ellos, ensordeciendo a los transeúntes. Cuando sonaba la campana de alarma, cuyo estrépito aumentaba gradualmente, como el de un incendio forestal, o bien sonaba como el arisco zumbido de abejas belicosas en una bolsa de agua caliente, era muy distinto. Estos sonidos, que eran historia, habían acompañado al hombre durante tanto tiempo que ahora, medio muerto de hambre como estaba, las sirenas de guerra se le antojaban similares. Tras la tremenda paliza que había recibido, hasta perder el conocimiento, le habían arrojado a una húmeda celda de la fortaleza, atándole a la pared con tal pericia que no podía tenderse en el suelo por completo, pues le habían sujetado el cuello a una argolla en la pared, atándole además los codos. Ahora Quatrefages había llegado a un estado de bendita amnesia en

el que sus diversos dolores y molestias se habían fundido en una sola congoja abrumadora que producía su propia anestesia. Se había desplomado en el suelo, apoyando la cabeza contra la pared, pero la cuerda era, a propósito, demasiado corta. De un modo que no dejaba de ser paradójico, la presión en la carótida le impedía perder el sentido por completo. Oyó el ruido sordo de los vehículos militares que subían por la cuesta adoquinada y entraban en la plaza de la guarnición. Los neumáticos resbalaron y los motores rugieron antes de quedar en silencio. Para él, era como si una larga fila de caballeros cabalgara a la luz de antorchas hacia alguna aventura heroica de los templarios. La confusión de cascos de caballos sobre el puente levadizo adoquinado les decía adiós. Una especie de visión, nacida de su fatiga y su dolor, le permitía ahondar en la materia principal de su vida, pues era él quien documentaba la herejía de los templarios y confiaba en encontrar indicios del paradero del tesoro posiblemente mítico. Ahora había caído en manos de la nueva Inquisición, aunque los sacerdotes de la época vestían gris de campaña y llevaban esvásticas como insignias y amuletos. Con ellos la muerte había llegado a la mayoría de edad. Así, éste iba a ser el resultado de su larga investigación... ¡Ser torturado para revelar secretos que no poseía! Cuando se rió, presa de una histeria desesperada, le golpearon en la boca, haciéndole tragarse los dientes. Pero todo esto ocurrió mucho más tarde...



En cuanto a Constance y Sam, no estaban solos, pues el mundo entero parecía despedirse. Sin embargo, el presente era todavía un pequeño limbo de satisfacción absoluta, de paz, en-

tre los viñedos. La culminación del verano provenzal se estrecharía pronto, dando lugar a una cosecha sin par que, desde luego, debería pudrirse, pues ahora casi todos los recolectores habían sido llamados a filas, dejando sólo a las mujeres, los niños y los viejos para enfrentarse a esos otros ejercicios de las pacíficas vidas. Allí estaban las plantas, alzándose en su plena robustez, mirando hacia un cielo de cristal azul, con todo su plumaje de densas hojas y fruto polvoriento extendido como para un abrazo.

Los amantes eran todavía muy inexpertos, ninguno sabía lo que era una guerra ni qué actitud tomar hacia ella. Esto creaba una incertidumbre que se hacía más angustiosa por el hecho de que sólo acababan de empezar a hacer el amor. Habían desperdiciado más de un mes en escaramuzas adolescentes antes de llegar a un acuerdo. Sus abrazos vertiginosos no podían distinguir las enormes lagunas en su conocimiento físico del acto amoroso. Y ahora, para coronarlo todo, iban a ser arrebatados por la guerra indeseada que les imponía un pintor de brocha gorda alemán. ¡No, era imposible creer en aquella guerra!

Pero el uniforme de Sam había llegado, y era como si la guerra hubiese avanzado otro paso sigiloso hacia ellos. El uniforme necesitaba algunas reformas, y el gorro le iba un poco grande. Sam se sintió a la vez orgulloso y estúpido cuando se lo probó ante el espejo, en el piso con galería de la vieja casa. Ella no dijo nada, mientras yacía humildemente desnuda sobre el cubrecama dorado y azul, el mentón apoyado en las manos. Él tenía un aspecto tan triste, tan desconcertado y tan apuesto..., ¡un hombre desnudo con una chaqueta militar y gorro todavía sin insignia! Sam se miró una y otra vez, sintiendo que había sufrido un cambio de personalidad.

—¡Qué pantomima! —dijo al fin y, al volverse, abrazó impulsivamente a la muchacha con una oleada de tristeza desesperada.

Ella sintió el frío de los botones sobre sus senos, bajo el peso del joven que la presionaba con el ardor de su incertidumbre. En medio de la predominante locura del mundo, habían decidido hacer ellos también algo muy alocado, ¡casarse! ¡Qué locura! Ambos lo decían así y ambos lo sentían de veras. Pero anhelaban acercarse más el uno al otro antes de separarse, quizá para siempre. Entretanto, el maldito uniforme había sido la causa de la primera disputa entre los cuatro muchachos durante aquel verano maravilloso.

Fue una breve disputa que se produjo cuando estaban jugando al veintiuno a la luz de la luna, en la terraza con una espaldera cubierta de rosas donde los lagartos se pasaban el día adormilados o hacían escaramuzas por las paredes que se desmoronaban. La culpa la tuvo en gran parte Blanford, quien lo inició todo al mostrarse ampuloso y arrogante sobre el tema de la objeción de conciencia, y echó leña a la irritación que esto había causado al mofarse de los hombres de uniforme que habían supeditado su identidad a la «mentalidad de ganado». Ésta era por entonces la conversación de moda en los círculos literarios. La luna era tan brillante que era innecesario el viejo y vacilante farol de acetileno que permanecía junto a ellos sobre la mesa.

—¡Basta ya, Aubrey! —gritó Hilary, y su hermana Constance le imitó con vehemencia.

—Sí, Aubrey, por favor. —Pero no pudo evitar (porque Sam estaba realmente espléndido con su nuevo uniforme) añadir su aguda apostilla a la conversación—: ¡Sólo porque Livia te ha hecho sufrir tanto, teniéndote en un puño todo el verano!

Blanford palideció hasta las orejas cuando el dardo dio en el blanco. Lo había pasado realmente mal con la hermana de Constance, la cual había provocado en él un amor pueril y autodestructivo que ella se había limitado a mitigar a medias, mientras que al mismo tiempo manifestaba una inclinación casi igual por su joven amigo, el cónsul Felix Chatto, que ahora permanecía sentado, mirándose furibundo la mano, y decía:

—¡Creo que tienes la banca!

Livia los había puesto en ridículo a los dos. No, no era por mero capricho, y eso era lo que la hacía tan fascinante... Se trataba tan sólo de que no parecía haber continuidad entre impulsos sucesivos; escapaba de los momentos críticos y no se molestaba en reflexionar sobre el daño que podría causar. O era cruel, o su corazón jamás se había conmovido. Era molesto pensar en ella en estos términos, pero no había otros. Tanto Aubrey como Felix titubeaban sobre la conveniencia de declararse de modo definitivo cuando ella se marchó de repente, como siempre hizo, dejando por toda dirección las señas de un café de París y otro de Múnich. El pobre Blanford había llegado incluso a comprarle un anillo...; ella le había permitido llegar a ese punto. No era pues de extrañar que se comportara con tal acidez, consciente de su propio error de cálculo, pero también del peso enorme del amor que Livia había provocado en él. ¡Y entonces, encima de todo esto, la maldita guerra!

Constance sintió una súbita punzada mientras los miraba desde la ventana superior de su habitación; los rasgos sonrosados y juveniles llenos de confianza e inexperiencia, tan inmaduros e inseguros. Su hermano Hilary estaba sentado como de costumbre, una pierna sobre la otra, sujetando levemente

las cartas entre sus atezados dedos. ¡Qué apuesto era, con el cabello rubio, las facciones enjutas y finas y los ojos azules! Su porte expresaba una especie de desdén aristocrático que contrastaba con la simplicidad y la efusión de los modales de Sam. Blanford y Felix eran menos llamativos; no resultaba difícil adivinar que procedían de Oxford y eran jóvenes estudiosos. Pero Hilary parecía un músico, seguro de sí mismo y con opiniones y actitudes plenamente formadas. A veces incluso daba la impresión de ser un joven algo arrogante; casi demasiado mundano, y educado en exceso. Carecía de esplendor y de la simpatía de su hermana. Su frialdad le enmascaraba, mientras que ella permanecía siempre vulnerable. Ahora ella lamentaba haber herido a Blanford y procuraba corregirlo lo mejor que podía, mientras que Sam, desde las profundidades de su excitación (después de todo, a él *le amaban*), permitía que su magnanimidad rebosara de expresiones de amistad que eran, sin embargo, del todo sinceras y llenas de preocupación por su amigo. Antes, aquella misma tarde, todos habían bajado a la presa para nadar en el agua fría, y Sam había dicho:

—Constance siempre me pregunta cómo puedes dejar que Livia te haga sentirte desgraciado, si su comportamiento nunca varía y siempre reacciona de modo previsible.

Blanford soltó un gruñido, pues sabía lo que se le echaba encima: otra dosis de intoxicante ciencia vienesa con la que Constance les atiborraba desde la hora del desayuno hasta la de acostarse... todo el Freud que estaba aprendiendo en el curso de sus estudios en Ginebra.

—Livia es una mujer en guerra con el hombre que lleva dentro, y en consecuencia una castradora —dijo Sam, cuya expresión, mientras pronunciaba estas palabras, era de lo más graciosa.

Él mismo no comprendía nada de aquellos sentimientos, los había aprendido de memoria gracias a su amada, la cual tenía una tendencia a ser más bien mandona en cuestiones intelectuales.

—Constance puede irse a hacer puñetas con su teoría de la sexualidad infantil y toda esa monserga —dijo Aubrey resueltamente.

En realidad, toda aquella teoría le fascinaba y repelía, y había mirado con disgusto el montón de panfletos en alemán que ella había llevado siempre consigo durante todo el verano. «¡Freud!» Él sabía muy bien que uno se enamora por unas razones muy distintas. Livia había descubierto uno de sus cuadernos de notas y, sin pedir permiso, lo había hojeado. Estaba tendida en la cama y cuando él entró alzó la vista, como un lagarto o una serpiente, como si realmente le viera por primera vez. «Ah, ya», dijo al fin, respirando a fondo, sorprendida. «Eres un *poeta*.» Fue un momento inolvidable: ella siguió mirándole con fijeza, mirando a través de él, como por medio de algún truco óptico, directamente a su futuro. Fue como si, de repente, le hubiera inventado de nuevo, inventado su carrera y su futura forma de vida interior con la magia de aquella frase. Uno no puede dejar de amar a alguien que le adivina con tanta claridad, que alumbra su oscuro destino. ¿Qué podría ella haber leído entre sus esporádicos garabatos? Sólo chorros de pensamiento que un día podrían convertirse en poesía, prosa o ambas cosas. «Mi muerte se remonta a mucho tiempo atrás, a una época en la que las mujeres eran esquivas o pícaras, o ambas cosas, o ninguna, o simplemente BARRO... Las piernas de barro extendidas en las que dejo caer gota a gota mi sangre copiosa y viva, mi promesa de necesidad, mientras mi arpa, cuyos tendones devolvían un continuado eco,

resonaban en el silencio donde lo encontró.» No tuvo que añadir que era bello, pues lo decía su mirada. Él se sintió descubierto, exaltado y aterrado a un tiempo.

Hilary repartió otra mano y se mostró mordaz y pedante por la decisión de Blanford de retirarse a Egipto con el Príncipe.

—Parece una huida —dijo, a lo que Blanford replicó:

—En efecto, eso es precisamente lo que hago. No siento ninguna obligación moral de tomar partido en este ridículo holocausto wagneriano.

Constance censuró enseguida a su hermano, diciéndole:

—Oh, no estropeemos este verano maravilloso que hemos tenido...

Y al instante las imágenes de Provenza, Aviñón y las suaves calizas de las colinas circundantes se alzaron en su memoria con una especie de voluptuosa satisfacción. ¡Qué experiencia...! Todo el mundo mediterráneo desplegado ante ellos como en un pergamino.

—Lo siento —dijo Hilary.

—Yo también —secundó Blanford.

Llevaban varias semanas viviendo en la amplia, retumbante, fea y vieja casa, unidos por el afecto y la íntima amistad. Aquellas pequeñas peleas dejaban un mal sabor. Tu Duc... Ése era el nombre del lugar. Constance lo había heredado. El nombre sonaba en sus mentes como un redoble de tambor, significando todo cuanto habían encontrado y disfrutado durante aquella larga y sosegada estancia allá, por encima de un pueblo que estaba a un tiro de piedra de Aviñón, de romántico renombre, ¡la Ciudad de los Papas!

Por la noche, cierta nostalgia impregnó el sueño de Constance, pero no hasta el punto de dar al traste con la luz de la

luna en el alféizar de la ventana, el aroma de la madre selva y el calor intenso y exultante del cuerpo masculino que estaba junto a ella. Era maravilloso pasar la noche entera con un hombre, sentir el movimiento de su pecho bajo los dedos mientras dormía. Con la práctica, su manera de hacer el amor era cada vez más experta. A veces parecía que estaban en un tobogán viajando a velocidad creciente por una pista de nieve en vertiginosa espiral. Un tobogán cuyo control perdían con frecuencia.

—Sam, por el amor de Dios, me aterra que puedas dejarme embarazada.

Ella no había previsto esta aventura amorosa y, aunque era una joven emancipada que se sabía al dedillo toda la ciencia, había dejado lo que, no sin cierta irreverencia, llamaba su «caja de herramientas» en Ginebra. Tampoco Sam podía hacer nada. «No puedo evitarlo», decía jadeante, y la dirigía cada vez con más vigor hacia la lenta y densa crisis que al final les arrollaba. Resollaban, exhaustos, como después de una carrera. Sam, que era un especialista en retahílas de jocosos dichos a los que nunca podía poner principio ni fin, dijo: «Así que se corrió, aquel viejo furtivo de Bulgaria, se largó».

Eso era en estado de vigilia, pero, cuando yacía dormido, ella podía pasar un tiempo ilimitado contemplándole, la cabeza apoyada en un codo, llena del misterio de aquel cuerpo indolente de gladiador que parecía almacenar calor como un termo. Le agradaba sentir el suave tulipán del sexo masculino contra su costado, en reposo ahora que dormía profundamente, pero que despertaba con tanta rapidez a sus llamadas, casi al movimiento de una varita mágica, y despertaba a la cobra dormida de sus deseos juveniles. La sangre se le helaba al recordar que él no le había hablado durante más de un mes,

había permanecido frío y distante como un astro cuando ella se moría por llegar a ser el blanco de sus afectos. Había fingido, como una estúpida, que tenía una aventura amorosa con un hombre mayor, un psiquiatra, y el resultado de esta absurda jactancia había sido congelar a Sam hasta la médula. ¡Cuánto tiempo le había llevado rectificar este error idiota! La verdad era que el año anterior se había acostado con un médico, pero eso fue por curiosidad, y no había tenido intención de repetirlo, tan insípido le resultó. ¡Pero ahora Sam! Con él había sucumbido al hombre menos inteligente y más cándido que imaginarse pudiera. Pero ahora estaba ferozmente enamorada, se sentía como una salvaje. Había decidido que le dotaría de toda la inteligencia, sensibilidad y perspicacia que necesitaba... Le había reservado todos esos tesoros. A través de ella realizaría todo cuanto ella adivinaba en él ahora, oculto bajo su inexperiencia y su timidez, bajo sus vacilantes reservas. ¡Horadaría su corteza de petulancia, las afables trivialidades de sus ídolos, como el viejo Wodehouse, y haría saltar chispas de lo más recóndito de su alma! Cómo habría temblado, el pobre muchacho, si ella hubiera expresado en palabras todos estos sentimientos. ¡Ya tenía bastante con su sensación de absoluta insuficiencia! Pero semejante programa le habría causado un verdadero pánico.

La despertó en plena noche, y volviéndole el rostro hacia él le preguntó con un ronco susurro:

—Dime, querida, ¿crees que soy un cobarde por ofrecer mis servicios?

Era evidente que la charla irreflexiva de Blanford le había herido, y tampoco le satisfizo la apasionada y sencilla complicidad de su abrazo, aunque le transmitiera a su través una atormentada comprensión.

—Responde —le pidió tenazmente, como quien exige algo por escrito.

—¡Claro que no lo eres! A pesar de ese estúpido voto en la Unión..., ¡tan propio de un oxoniense! ¡Claro que no lo eres! —repitió acalorada, abrazándole hasta quedarse sin aliento—. Está muy bien que Inglaterra no signifique nada para Aubrey... ¿Por qué habría de importarle? Pero si tuviera que explicar por qué significa algo para mí me vería en un apuro.

Él cerró los ojos y vio una especie de cuadro en el que se entremezclaban edificios grises, colinas bajas y ásperos ríos y, detrás, la romántica imagen de la dorada región del Weald de Kent en la época de la cosecha,alzada al cielo como un broquel de oro. Recordó también una breve y torpe aventura amorosa con una muchacha que recogía lúpulo. Los padres de un amigo le habían prestado una de esas curiosas casitas con horno secador para lúpulo, con el patente propósito de que estudiara allí. La aventura fue desmañada y penosa, aunque la recolectora de lúpulo era garbosa, bella y tan rubia como Constance. Pero la ignorancia de ambos resultó una dura prueba, pues ella temía el embarazo y él alguna afección venérea, tema sobre el que no sabía apenas nada. En el lavabo de un bar cercano había lo que a primera vista parecía una máquina tragaperras o expendedora de cigarrillos, pero estaba llena de preservativos. Las instrucciones decían: «Introduzca dos cheelines en la ranura y tire con fuerza de la palanca del distribuidor». Qué magnífica palabra... «Distribuidor.» Fue una lamentable aventura; la bella muchacha era digna de alguien más experimentado y sereno. ¡Qué estúpido había sido al no mostrarse más hábil y amable! Pero, a pesar de todo, el resplandeciente Weald estaba allí, en su conciencia íntima, alzando al cielo su trigo llameante bajo un sol aturdidor. En cierto

sentido, ubicada en otra llanura, Constance también había pasado a formar parte de aquel cuadro, se había fundido en él. (Todos estos asuntos se resolverían cuando la guerra terminara..., ¡si alguna vez se decidía a estallar!) Durante el almuerzo había dicho: «¡Cuánto deseo que estalle la maldita guerra!», a lo que Blanford había replicado: «¡Cuánto deseo que pudiera desearlo!».

Ahora yacían abrazados, oscuro oro bruñido por el sol, y dormidos, ajenos a los ratones que correteaban por la vieja casa, o al ronquido remoto de uno de sus amigos desde el desván. También es extraño que no se sintieran más desvalidos, pero estaban llenos de la engañosa exaltación que produce el amor. Pensamientos que se escabullían por las buhardillas del cerebro, las patas de los ratones entre las manzanas echándose a perder, la presencia de espectrales mujeres cuyas voces acarrea el viento, conversando, quejándose, plañendo. La casa era como una vieja goleta, que crepitaba y crujía con cada cambio del viento, y no obstante la tristeza aparecía en sus sueños, les sobrecogía cuando pensaban en separaciones, desgracias y muerte... Sí, incluso la muerte estaba allí algunas veces, y las lágrimas de aflicción en sus despedidas se deslizaban al tiempo que bramaban las sirenas de los trasatlánticos, diciendo adiós. ¡Qué asunto tan confuso! En sueños sentían los dolores que se guardaban de mostrar cuando estaban despiertos.

También estaban acomodando para el invierno la extravagante mansión de lord Galen en la colina, y sus últimas cenas fueron más improvisadas y rutinarias. Su viaje a Alemania y un paso en falso financiero con los nazis le habían sumido en una profunda depresión, pero le complacía ver al alegre grupo de Tu Duc, pues le había tomado un gran cariño a

Constance y consideraba a Sam como un buen partido, a pesar de su falta de fortuna. El Príncipe también se sentaba con frecuencia a la hospitalaria mesa de lord Galen, y fue, en efecto, durante una de aquellas cenas, cuando propuso abiertamente nombrar a Blanford secretario personal y embarcarlo hacia Egipto en el plazo aproximado de una semana. Inicialmente, fue en este contexto donde afloró la palabra «conciencia», la cual, después de todo, representaba una consideración principal, pero que, de algún modo, incordiaba al Príncipe como si fuera un tábano.

—¿Conciencia? ¡Nadie va a Egipto para luchar con su conciencia! —dijo incisivamente, mirando con fijeza y cejijunto a sus contertulios—. Egipto es un país *feliz* —siguió diciendo—, y cuando uno piensa que, en cuanto a flagrante desigualdad de la riqueza, desgobierno criminal y libertinaje cívico ocupa un lugar más alto que cualquier nación del mundo, se pregunta cómo es esto posible. Los pobres lo son hasta tal punto que ya se han muerto de hambre y se han ido al otro barrio, desternillándose de risa. Los ricos son negligentes e insensibles hasta un grado inimaginable. Sin embargo, ¿cuál es el resultado? ¡Un pueblo *feliz*! Vayas donde vayas, la gente se levanta la ropa y te muestra sus partes íntimas, cayéndose de risa mientras lo hace. Esto pone a todo el mundo de muy buen humor.

Lord Galen parecía algo desalentado.

—¡Cielo santo! —exclamó débilmente—. ¡Qué desfachatez! A Blanford le pareció algo encantador.

—¿Y qué hace uno para replicar? —preguntó en medio de las risas.

—Uno responde con buen humor —dijo el Príncipe evasivamente.

Max, el negro violáceo, que era chófer de Galen y factótum general, se pasaba parte de cada mañana colocando fundas blancas a los muebles. Había empezado en los pisos superiores, trabajando en sentido descendente a fin de dejar libres las estancias habitadas, pero era como una piscina que se vaciara lentamente, y en la última ocasión sólo quedaban libres el gran salón y el comedor. En el vestíbulo se apilaba un montón de fundas. Galen suspiró. Era muy triste que el verano se acabara así y ni siquiera estar *seguro* de que el espectro de la guerra no pudiera disiparse en algún tratado de paz de última hora. ¿Qué harían entonces? ¿Podrían limitarse a reanudar el modo de vida anterior como si nada hubiera pasado? No, algo profundo en el fondo de las cosas parecía haber sufrido una alteración. El redoble del tambor alemán había presagiado algo, alguna orientación nueva. Pero el futuro continuaba igual de oscuro, ambiguo y lleno de presagios. «Hacer el amor con ella —pensó Sam— es como hacer ejercicios acrobáticos con un tragasables.» Blanford reunía migas sobre el mantel y reflexionaba. Había otra razón, más privada, por la que amaba a Livia, pero si lo expresara parecería fatuo. Ella le había prestado el último libro de Huxley, su escritor favorito, que contenía el primer ensayo sobre la naturaleza del budismo zen, la primerísima mención de Suzuki, que se había abierto como un rayo de luz en las profundidades de su cráneo. Aquel libro le había hecho soñar una vez más en pueblos lejanos educados en la inocuidad, en lugares como Lhasa, mediante la lectura de dorados sutras transcritos con doradas letras. Esto, al igual que el descubrimiento de su vocación de poeta, era también un regalo que ella le había hecho, un regalo que ninguna otra mujer podría jamás igualar. ¿Quién comprendería una cosa semejante?

Sin embargo, el fracaso de la comunicación entre ellos como animales sexuales y afectivos sólo podría calificarse como desastroso. En ocasiones, esto le enfurecía tanto que podría haberla levantado del suelo y sacudirla como una rata, agitarla hasta que entrara en razón. ¿Y dónde estaba ella ahora? Sólo podía suponerlo, aunque dependía en gran manera de si disponía del dinero suficiente para estar en semejante lugar, a pesar de que no era caro en exceso: el Fanechon, allá en el bullicioso y vulgar bulevar Montmartre, con sus garitos de cuscús y sus diminutos cines árabes. A ella le encantaba aquel hotel pequeño y selecto porque la puerta lateral del salón daba directamente al museo Grevin, y deslizándose fuera de allí pasaba gran parte de su tiempo deambulando entre las figuras de cera y recorriendo el camino de la historia francesa (o la parte más sangrienta de ésta) a través de sus cuadros, y el rostro de la muchacha adquiría una nueva belleza gracias a la suave abstracción en que la colocaban aquellas sombrías escenas. La agonía de María Antonieta, la muerte de Marat (¡el baño auténtico era el que estaba a la vista!), la dulce limpidez de expresión con que Juana de Arco se dirigía a la hoguera... Transcurrían las horas y ella seguía allí, sumida en sus pensamientos ante aquellas reconstrucciones en cera de un pasado desvanecido pero todavía vivo. También estaba el festejo en el Grand Canal, con su conmovedor cielo azul nocturno y sus relucientes marinas, o la velada, la transcendental *soirée* en Malmaison con todos los personajes de una novela de Stendhal como invitados. Los objetos modernos que se exponían apenas despertaban su interés. Pero en la pequeña y sofocante sala de los espejos distorsionantes se quedaba un buen rato, ensayando distintas posturas y estudiando con atención las distorsiones, sin que eso la divirtiera nunca. Luego tal vez

comprara goma de mascar y se metiera en un cine para fantasear acerca de la longitud que tenía la nariz de cera de Descartes o la expresión taimada del rostro de Fouquier. Ahora Blanford pensaba en ella con un dolor sordo y se decía para sus adentros: «Pobre muchacha, tiene un pasado como una zarpa llena de espinas».

Así pues, tendría que ser Egipto.

—En Egipto —le aseguró a Felix Chatto—, las chicas tienen suspensión independiente. Es la última moda.

Aquella «suspensión» era también el último grito de los nuevos coches, como el Morris que Chatto compartía con el empleado de lord Galen, Quatrefages, y en el que prometió llevar a Constance de regreso a Ginebra y a sus estudios..., que, fuesen los que fuesen, por lo menos había que terminarlos en forma debida y correcta. Sam insistió en ello. Más tarde, cuando regresara de las guerras con el apropiado agujero de bala en la biblia que llevaría en el bolsillo del pecho, ella estaría allí esperándole y sosteniendo sobre los hombros todo el peso de su ciencia. «Entonces te darás cuenta de lo estúpida que soy y decidirás dejarme», protestó ella. En realidad, los estudios le ayudaban a comprender la naturaleza de su amor por Sam. Era hijo único y su madre le había abrumado con su amor, pero había tenido el buen juicio de no estorbar nunca sus propios poderes, su necesidad de volar. Se había separado de él en el momento adecuado. Según la nueva jerga que Constance estaba aprendiendo, había roto la transferencia en el momento fructífero para dejarle libre. Nunca podría haberse escrito un libro como *Hijos y amantes* acerca de él, reflexionaba. Había estado muy apegado a su madre, su carne estaba saciada y en paz, y de ahí el magnetismo sexual que aquellos perezosos miembros morenos ejercían en ella. Tenía

una piel de terciopelo porque en una época le amaron correcta, sensualmente, como, de cierto modo milagroso, también la habían amado a ella. Estaban hechos el uno para el otro, sus sensibilidades se mezclaban como tintes. «¡Oh, deja de *relamerte!*», dijo a su reflejo en el viejo espejo de cuerpo entero. Se había vuelto recelosa de su belleza y ahora se maquillaba con cuidado todas las mañanas y las noches, para que él no mirase a otra parte. Sin embargo, cuando le preguntó a Aubrey si su amado no se parecía al David de Donatello, le irritó la réplica del muchacho a su manera negligente, fatigada, oxoniense:

—Todo el mundo se ve a sí mismo como alguien por completo diferente. De aquí la confusión, porque todo el mundo representa un papel. Él te ve como Isolda, mientras que tú eres en realidad Catalina de Rusia. Tú le ves a él como David, pero yo sólo veo al eterno estudiante inglés enamorado, entusiasmado porque está desnudando a su madre.

Ella se enfureció.

—¡Vete al diablo! —exclamó, y siguió maquillándose tenazmente mientras él trataba de afeitarse ante un ángulo del gran espejo, con igual tenacidad.

El yate real a vapor enviado por Farouk telegrafió su llegada a Marsella, dispuesto a transportar al Príncipe a Alejandría. Blanford le visitó en su hotel de Aviñón, a fin de averiguar qué planes había hecho para el viaje, y descubrió al hombrecillo afanándose en empaquetar sus tesoros y distribuirlos en los numerosos baúles con sus brillantes filigranas turcas de lámina de oro que debía de haber heredado de algún antepasado jedraliano. A la puerta estaba la enorme furgoneta de mudanzas que contenía los efectos más voluminosos del Príncipe, sus sillas y mesas plegables (ofrecía

numerosas sesiones de bridge), un par de palmeras en toneles, opulentos jarrones, láminas de oro y los dos halcones peregrinos. Mostró a Blanford todas estas cosas con evidente placer. Pero no tenía intención de partir hasta uno o dos días después. A la pregunta de si había algunas prendas especiales que pudieran ser *de rigueur* en el nuevo puesto, respondió con espontaneidad:

—La Princesa te equipará. Sólo necesitas un *tenue de ville* y una corbata para que pueda presentarte de un modo respetable. Supongo que más tarde necesitarás algún esmoquin, pero sé dónde conseguirlos baratos en Alejandría. Mira esto.

Le mostró una gran sombrerera recubierta de terciopelo rojo, como la que podría llevar por ahí un prestidigitador o un actor. De hecho, era una especie de caja oriental para guardar las pelucas, pero contenía una cabeza humana reducida, una cabeza masculina, densamente envuelta en resina pero con los ojos abiertos. Blanford se sobresaltó.

—¡Dios mío! —exclamó, y el Príncipe se echó a reír complacido ante su reacción.

—Es la cabeza de un templario, y procede de la Encomienda de Chipre. Le seguí la pista cuando la compré en el zoco de El Cairo. El museo la quería, pero pensé que sería un regalo tan bonito para lord Galen que la compré para ofrecérsela y complacerle. —Hizo una pausa, antes de proseguir con cierta consternación—. Pero, mira, es tan supersticioso que la rechazó. Teme que el Ojo se fije en él, sobre todo porque está buscando el tesoro de esta orden..., o más bien es Quatrefages quien lo busca para él. Así que me la llevaré. Si les digo a los egipcios que es una Cabeza Profética mis enemigos palidecerán. Los egipcios son tan supersticiosos como vosotros los ingleses, incluso más.

Tapó rápidamente la sombrerera forrada de seda con su macabro resto y ordenó a su sirvienta Hassan que la envolviera con papel fino y la llevara a la furgoneta con los demás efectos.

—¡Uf! Hace calor —dijo dándose aire con un abanico de cañas de color brillante—. Egipto será un horno todavía, pero no importa. Siéntate, mi querido joven, y déjame contarte un chiste divertido. La risa le refresca a uno, y Hassan nos traerá té de jazmín y fruta escarchada. Recuerda cómo te reíste cuando te conté que los egipcios se levantan la ropa y enseñan sus partes íntimas a modo de saludo, *n'est-ce pas*?

—Desde luego —dijo Blanford—. Parece encantador.

El Príncipe, cuya mente saltaba de una alcándara a otra, de rama en rama, como un ave, se distrajo de repente a causa de una punzada de reumatismo en un dedo.

—¡Esta maldita artritis deformante! —gritó, y empezó a tirarse de las articulaciones hasta que crujieron, tras lo cual volvió a tomar el hilo de lo que antes decía—. Puedo contarte acerca del saludo algo curioso que hace reír a los egipcios, y demuestra que no carecemos de humor. Se refiere a sir Charles Polk, el último embajador británico. Esta forma de saludar preocupó tanto su mente y su imaginación que se volvió insomne. Me lo dijo el médico de la embajada, Hassim Nahd. El pobre hombre, cada vez que dormía, soñaba que los campesinos le saludaban de aquella manera, y sentía un impulso irresistible de bajarse los pantalones y devolverles el saludo. Aquello le producía una inquietud febril, y Hassim no hacía más que recetarle sedantes, pero sin resultado. Así estaban las cosas cuando un día cayó la bomba. Le comunicaron de Londres que el rey había decidido efectuar una visita de Estado a Inglaterra y que incluso había propuesto recorrer todo el Nilo.

Sir Charles tenía que empezar a tomar las disposiciones necesarias. Naturalmente, el palacio le ofreció el clásico y viejo vapor *Memphis*, que siempre había servido para aquella clase de visitas de Estado. Los problemas no eran insolubles. O más bien sólo asomaba una cosa problemática..., si expresándolo así no faltamos a la delicadeza: el saludo tradicional. El recorrido por el río es muy largo y hay miles y miles de campesinos *felahin*. En realidad, para semejante acontecimiento, probablemente llenarían ambas orillas como una masa compacta. El pobre sir Charles palideció al pensar en lo que podría suceder. Trató de razonar con Whitehall para que suspendiera la visita, pero no; se consideró tan aconsejable como adecuada en el aspecto político. —El Príncipe soltó una risita y, dándose unas suaves palmadas en la rodilla, prosiguió—: Es fácil imaginar el dilema del pobre sir Charles. ¿Qué podía hacer? Bien, puedes decir lo que quieras acerca de los funcionarios ingleses, pero no hay nadie como ellos en cuanto a probidad y resuelta dedicación al deber. Explicó su postura y presentó su dimisión. La idea de exponer a su soberano a semejante afrenta era demasiado para él. En el ministerio de Asuntos Exteriores se quedaron tan impresionados por su dignidad y firmeza que le trasladaron enseguida, con el debido ascenso, a Moscú, mientras que el viaje egipcio tenía lugar bajo los auspicios de un encargado de negocios, a quien luego arrinconaron y mantuvieron en situación de *disponibilité* durante casi diez años, hasta que se olvidó el asunto. A veces veo al viejo Charles en Londres y hablamos de los tiempos pasados, ¡pero nunca le pregunto cómo es el raro saludo de los campesinos de Rusia!

Con charlas tan placenteras, la mañana avanzó hasta que llegó el alcalde para tomar el acostumbrado aperitivo de *pastis* que le permitía resumir el estado del mundo en conside-

ración al Príncipe. El alcalde estaba en continuo contacto con París, y con cada boletín de noticias o rumor las cosas parecían deteriorarse más. Tenía que terminar en guerra y sin embargo...

—*Drôle de guerre* —dijo el alcalde, citando el eslogan por entonces habitual—. Nunca nos atacarán, pues saben que el ejército francés es el mejor del mundo. Sería una locura. Y luego la línea. ¡La línea Maginot! —En tales ilusiones efímeras basaban sus esperanzas de paz—. Nos han dado algunas sirenas de alarma contra alarmas aéreas —siguió diciendo el alcalde con orgullo—, y hoy los *pompieri* van a hacer un ensayo a las tres en punto. No teman cuando las oigan. Sólo durará unos minutos. Tenemos que estar preparados para cualquier cosa con el aeroplano moderno.

Había tanto sol en la terraza y tanta pereza en el aire que tenían la mayor dificultad en mantener esta clase de conversación con la seriedad que merecía. Blanford comió en el hotel con el Príncipe y luego pasearon por la luminosa ciudad y subieron al Rocher de Doms, el agudo espolón de la plataforma desde donde podía verse el pico todavía más agudo del Mont Sainte Victoire, alzando su obstinada cresta, desnuda y atormentada por el mistral. Ahora no había nieve, naturalmente, pero el frío mistral de la tarde había rizado el verde Ródano, inclinando arbustos y cipreses en el seco monte bajo a su alrededor. Pasaron un rato allá arriba, mirando la ciudad con sus tejados marrones como corizas de empanada y sus calles tortuosas y oscuras. De pronto empezaron a sonar las sirenas, y a pesar suyo, ambos se sobresaltaron, tanto más cuanto que un auténtico avión sobrevoló la ciudad con lentos giros.

—¡Confío en que sea uno de los nuestros!